



**Roberto J. Payró**

## **Introducción a “Nosotros”**

Rubén Darío

Cuenta un prodigioso narrador en un cuento bíblico que habiendo matado a su mujer por adúltera, Eliaçam, hijo de Ghoni, fue llevado a los jueces para que deliberasen sobre su culpa delante del pueblo. Dos eran los jueces, ambos viejos como dos viejos cedros. Ambos tenían barbas canas y largas, pesadas

————— 8 —————

de respetos, y ojos profundos, de varones que ven la verdad. El uno condenó al matador, el otro le absolvió. El pueblo alzó su enorme clamor. Y una voz fuerte pidió que para decidir la verdadera justicia, se juzgasen a sí mismos mostrando sus vidas, diciendo el secreto de su sangre y de su alma.

Quien había absuelto era Gedeón, profeta, hijo de Johas Abihezerita; hombre de bondad, escogido por los hombres, con ciento treinta años sobre sus lomos; vigoroso aún por la virtud de Dios. Él dijo cómo había pasado su juventud en Hophra, y cómo cuando había en él despertado el amor, a los quince años sacrificó gloriosamente su virginidad por la virgen Nazerath, hija de Maslonn. Después usó de la lanza y la espada combatiendo en los combates de los justos: degolló capitanes y reyes, se reprodujo en innumerables vientres, hizo hijos; y así pudo llegar a vestir el lino

blanco de los patriarcas, y a reposar, anciano de bien, después de cumplida su misión de varón.

El viejo juez que había condenado se levantó a su vez, y delante de la muchedumbre silenciosa, habló el secreto de su existencia.

Dijo que había nacido bajo una higuera cerca de Gaza. A los quince años le había vestido su madre de lino blanco, y consagrado a la virginidad.

Creció en el aborrecimiento del amor, y miraba la fecundación como un hecho de espanto. La mujer inspirábale desdén y horror: y su virginidad habíase conservado hasta la llegada del invierno de la vida. Era así anciano sin descendientes, cuya simiente había sido ahorrada y perdida sobre

————— 9 —————

la faz de la tierra. «He ahí porque, obedeciendo a su corazón» había condenado a muerte al acusado.

«¡A muerte!» -respondió un inmenso eco. Muerte a ti, juez, pues eres tú quien ha juzgado mal.

Los cinco mil brazos del pueblo tendieron un solo puño. Ese puño terrible amarró al juez contra un árbol; y era la ligadura tan fuerte, que las uñas de su nodriza se hubieran roto al querer libertarlo.

Se puso en libertad a Eliasçam.

«Después, se precipitaron los soldados, el arco tendido con sus flechas, y el sol se infló, sopló su fuego como un torrente rojo. Entonces las mujeres vinieron. Descabelladas, delirantes, los senos agitados por gritos ardientes; hasta la noche estuvieron alrededor del árbol; insultaron con sus burlas al hombre de corazón muerto, al casto que negaba el amor. ¡Y las vírgenes despreciadas le cubrieron de lodo y los niños que él detestaba, le lapidaban; mientras que erizados de lanzas, llegados como el viento llega, espantables hombres a caballo detenían su galope bajo el árbol, destrozaban al juez, golpeaban su sexo inútil!»

Eso cuento de D'Esparbes ha venido a mi memoria, mi querido Roberto Payró, cuando he visto más bien que adivinado el noble impulso que te ha llevado a escribir tu libro *Nosotros*: pues tu libro es ante todo una protesta que quieres hacer contra los infecundos e impotentes, en este tiempo en que en todas partes, y en nuestra América sobre todo, se necesitan los fecundadores de almas, los trabajadores, los vigorosos hacedores de hijos intelectuales.

Si el ambiente no te es propicio como a todos los que tenemos nuestras barcas en la Estigia de tinta de prensa, no por eso te has acobardado, y has podido, en medio de tus tareas psicomecánicas del diario, trazarte tu plan intelectual y poner a disciplina tu pensamiento para la realización de obras de verdad, de bien y de belleza.

De tus primeros libros de juventud no te diré sino que ellos daban a entender claramente las vías que con el tiempo había de seguir tu producción. Por cierto que en tendencias artísticas y en ideales has cambiado mucho. No te felicitaré por la pérdida de tu frescura primitiva; pero ella debía desaparecer para dar paso

a un vigor saludable y viril, y lo que has perdido en amables ensueños lo has ganado en conocimiento de los hombres y de las cosas del mundo. Tú sabes de las luchas del hombre de letras, en todos lugares atroz y martirizadora, pero en ninguna parte como en estas sociedades de la América Latina, donde el alma anda aún a tientas y la especulación del intelecto casi no tiene cabida. Has tenido un buen campo de experiencia y ése es el diario. ¡El diario! Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es a mi ver injusto de toda injusticia ese cargo. Pues si el trabajo continuado sobre asuntos diversos no nos hace ágiles y flexibles en el pensar y en el decir, ¿qué nos hará entonces? Los inútiles y los lechuguinos de las frases, los peluqueros de la literatura, los «incomprendidos», los almidonados, temen al diario. Los que aman el hervor continuo de los pensamientos no le temen; los que sienten llamear un deseo de fructificación y de parto, un ansia de elevación sobre las muchedumbres, o una consagración a un ideal, no le temen.

Antes bien miran en él el campo de batalla.

Y no es por cierto sino saludable su ejercicio y su frecuencia.

No mueren las ideas porque tengamos que escribir del hecho común o que comentar el suceso de ayer, nacen las ideas por eso mismo. Luego vienen las correlaciones extrañas, el secreto de las cosas, las simpatías inexplicables, la amistad con el utensilio -así el amor a la pluma y al papel- y la voz pausada y cadenciosa de la máquina, que anuncia su diaria preñez.

Bendita sea esa voz que nos habla de trabajar y fecundar. A ti, como a tantos otros, te ha arrollado como la voz de una nodriza. Sin esas gimnasias de la prensa, tu idea no habría tenido nunca músculos.

No habrías podido anhelar lo que hoy estás en vías de conseguir. No habrías podido conocer el medio en que vives, ni el mecanismo social de tu patria, ni esta actual gestación, ni soñar con la visión de tan glorioso y luminoso porvenir.

Escribir un libro que contenga la condensación del ser de tu tierra, un libro al par de sociología y de literatura, de estadística

y de poesía, mezcla de todo y reflexión de todo; meter la Argentina en un libro tarea es de dar temor. No hay un libro que contenga la Argentina. Yo te diré de mí, que cuando quiero confundirme con el espíritu de esta gran nación, me relaciono con el Facundo de Sarmiento, con Martín Fierro; leo los versos de Obligado o los libros de González, y decoro también las saludables y ásperas verdades de Groussac.

Intentas encerrar en tu libro a Buenos Aires. Tarea es. No conozco tampoco libro que la contenga. No cuento con lo antiguo. No me refiero sino a este Buenos Aires modernísimo, cosmopolita y enorme, en grandeza creciente,

lleno de fuerzas, vicios y virtudes, culto y políglota, mitad trabajador, mitad muelle y sibarita, más europeo que americano, por no decir todo europeo. A mi memoria vienen a este respecto algunos nombres: Cambaceres, Juan Argerich, el autor de ¿Inocentes o culpables?, Miró con su Bolsa, y Sicardi con sus libros extraños. ¿Citaré al celeberrimo López Bago? Todos han pintado lados parciales. Y luego no vas a hacer una novela. La parte que conozco de tu obra, por más que parezca el comienzo de una novela, no tiene de ella sino el diálogo.

Nosotros... ¿Y qué vas a hacer, he exclamado, ¡oh escritor! atrevido? ¿Vas a hablar con entera franqueza de las cosas buenas y malas que hay en tu propia casa? De las buenas, pase: pero de las malas ¿cómo vas a hablar? ¿Quieres fecundar tu conciencia? ¿Quieres apostolizar o redimir? Tienes buen seso para saber ya que esas siembras no dan sino cosechas de espinas.

Tú lo arrostras todo. Te caparazonas de audacia y vas adelante. ¿Estilo? Un día me dijiste: «Soy un periodista, he abandonado por completo toda preocupación literaria».

Pero desmientes en hermosas partes de este libro tu propósito.

La psicología de Buenos Aires hecha entre personajes excelentemente encarnados, he ahí lo que he visto yo.

Y la sugestión de Zola en descripciones minuciosas y bien ajustadas y elegantes.

Sí, eres un periodista; ¿pero quita eso ser un escritor? No es obra de un inmenso, de un colosal repórter esa Roma de Zola que estás aún traduciendo para La Nación? ¿Zola no nos demuestra que Homero hace competencia a Baedeker?

Para este libro has hecho, según entiendo, varios planos; al par del plano urbano, has puesto un plano moral, un plano intelectual y un plano político y administrativo. Y en ellos has ido estudiando parte por parte, acumulando observaciones, marcando detalles. Te sabes tu Buenos Aires de memoria. Lo has auscultado: le conoces cerebro, ojos, lengua, corazón, vientre y sexo, vigores y enfermedades.

De todo eso nos hablas con franqueza y dureza; pero esta dureza es de amor a esta querida y bella enemiga. De todo tratas desde la estadística hasta la lírica. No me extraña, pues eres uno de los periodistas más completos que yo haya conocido. Enciclopédicamente atrevido, te he visto cómo entiendes desde los partes de policía hasta los editoriales de La Prensa y algunos versos míos, que dicen por ahí que no se entienden.

Y así, con constancia, dando tiempo al tiempo, y preparando tus materiales para lo futuro, has concluido la primera parte de Nosotros.

Dios te ayude, y te ha de ayudar, puesto que tú te ayudas bravamente. Y pronto veamos la tarea completa en su fin digno.

Y cuando seas juez, bajo tu árbol, podrás juzgar sin peligro a inútil e infecundo: «No, podrás decir, no puedo ser lapidado y amarrado al árbol,

ni herido por las lanzas de los caballeros fuertes, ni vejado por las mujeres, como el juez del cuento bíblico. Mal o bien, he crecido, al impulso de mis propias fuerzas. He trabajado en el rudo trabajo; y mi pensamiento no ha guardado la castidad de los impolutos: se ha manchado de tinta, y ha engendrado».

(Primer capítulo de un libro en preparación)

Hacía una semana que me hallaba en Buenos Aires, después de catorce años de destierro en la campaña, y la había ocupado en visitar antiguas relaciones anunciándoles mi próximo viaje a Europa, cuando después de un ligero almuerzo, me propuse firmemente buscar a Lové, sin descansar hasta encontrarlo, pues me urgía reanudar nuestra vieja amistad, y escapar a la trivialidad que me rodeaba desde que puse el pie en las calles de mi vieja capital.

Las guías me habían hecho andar de un lado a otro sin éxito alguno, y los informes de criados y porteros, sólo habían servido para aumentar mi confusión y mi impaciencia.

Subí a mi cuarto de l'Universelle, silenciosa en aquel momento, pues casi todos sus habitantes de paso, tan quietos y circunspectos por lo general, habían salido a almorzar; y mientras me cambiaba ropa formaba mi plan de campaña: ir a ver a Gargol, asociarlo a mi pesquisa, o por lo menos exigirle que me dirigiera, y luego no perder un minuto.

¡Cómo había cambiado Buenos Aires! Catorce años atrás la gente parecía vivir en público, todo el mundo se saludaba, cualquiera nos informaba de lo que queríamos saber. Mientras que ahora las calles eran una baraúnda infernal que me mareaba y me ensordecía, no tropezaba con conocido alguno, las viejas casas se habían ido o estaban por irse, y había menos luz, y menos aire; los altos edificios me sofocaban, los relumbrantes escaparates me sorprendían, y el lujo y la elegancia, y el tráfico, el

atropellamiento de gentes a pie, de tranvías, de carros, de carruajes, de caballos, me hacían pensar en que ésta no era mi ciudad, que acababa de llegar equivocadamente a otro punto del universo. Sin embargo, había seguido en los diarios la marcha ascendente de Buenos Aires, sus progresos rápidos, la sorprendente cifra de su población duplicada en tan corto

espacio; pero la prensa, aunque me dejara incrédulo ante sus bombásticos datos, no me había dado, en suma, sino un pálido reflejo de la realidad. Incómodo y desmañado en las calles rebosantes de gente, pedí un coche para ir en busca de Gargol, a quien encontré en la redacción. Nos habíamos visto ya, a mi llegada, que anunció con un sueltito muy amable en la sección Vida Social:

«Tenemos el gusto de saber que ha llegado a esta capital, después de catorce años de ausencia y de paso para Europa, adonde va en viaje de placer, el distinguido hacendado don José Inciente, que tan estrechamente ligado está a nuestras viejas familias patricias. Le enviamos nuestro cordial shake-hand».

No cito en vano, el suelto, que me divirtió por lo de «distinguido hacendado» y su forma artificial. Pero Gargol no sabía, en mi primer visita, las señas de Lové.

-¿Cómo hacen ustedes los periodistas para encontrar a un hombre? -le pregunté después de saludarlo.

-Santa Fe, número... tantos -me contestó.

Y notando mi sorpresa:

-Ha estado aquí -añadió-, a preguntarme tus señas, que no me habías dejado, y me dio las tuyas por si te volvía a ver. Lo informó de tu llegada el suelto de Vida Social. Ya ves: à quelque chose malheur est bon.

Gargol tenía debilidad por el francés, con que salpicaba casi todas sus frases, castellanizando palabras también, aunque hablara con su cocinera. Cuando se le observaba esa costumbre, no dejaba de contestar riendo:

-Eso me posa. Y los tontos se quedan abasurdidos.

Conseguido tan fácilmente el triunfo, dejé a Gargol y me lancé en busca de mi amigo. No había visitado aún aquella parte de la ciudad, y en el trayecto quedé admirado de su transformación. Buenos Aires se había extendido hacia el poniente, como otras muchas grandes ciudades, y desde Callao, a ambos lados de la

calle Santa Fe que se ensancha y se alegra, se suceden las hermosas casas, los pequeños palacios con jardines, mientras que las vías que corta perpendicularmente conservan cierto sello de tristeza pobre, y las casuchas contiguas provocan recuerdos que se creerían desvanecidos para siempre. Aquí había un cerco de pita, allá un pantano, más lejos un rancho de paja y barro, éste palacio era un potrero, aquella casa un huerto... De Florida a Palermo se puede llegar sin una solución de continuidad en la edificación intensiva; hasta entre los pocos jardines que restan, hay algunos cuyas tapias están señaladas por las rayas blancas o negras que los fraccionan para la venta. Entonces me asaltó la idea de que ya los pobres no vivirían tan a sus anchas en Buenos Aires.

Lové me recibió con júbilo, es la palabra. Hacía mucho tiempo que no teníamos noticias uno de otro, con el odio común a las frases de fórmula, comprendiendo que no podíamos hacer de cada carta un libro. Pero la estrechísima amistad que nos unía continuaba como en los hermosos días de

la niñez y la primera juventud. Me había buscado en todos los hoteles de importancia, pero no pensó en que pudiera haberme alojado en una casa amueblada.

-Y ahora te vas a venir a casa -me dijo con su criollismo crónico e incurable. No quiero que te me perdás.

Mi proyecto de ir a Europa le había extrañado. No comprendía el afán de lanzarse al viejo mundo apenas se tenía con qué hacerlo, y sin conocer siquiera el propio país; por negocios, perfectísimamente; pero hacerlo por placer, cuando se ignoraba lo que ocurría y lo que había en la tierra natal, le parecía lo mismo que preocuparse de la casa del prójimo sin atender la propia.

-Vos visitarías todo lo interesante, irías con el propósito de observar, de aprender, harías estudios objetivos; ya sé. Pero ¿qué contestarías si allá te pidieran detalles sobre tu país? Y ¿qué aplicación tendrían tus observaciones, si no sabés, lo que hay que modificar, corregir, perfeccionar o crear en nuestra tierra?... Sos rico, sos joven; empezá por el principio; estudiános y estudiáte antes de irte al extranjero.

Me ref. ¿Acaso aquello podía ser interesante? ¿No sabía cuanto había que saber? Bien me informaban los libros y diarios

————— 16 —————

de lo que era la Argentina, y no contestaría disparates a los que me preguntaran por allá, ni en cuanto a política, ni en cuanto a comercio, ni en cuanto a costumbres. Pero él protestó:

-No es lo mismo. Si fuera lo mismo ¿para qué te vas a Europa, entonces? Podés leer libros y diarios, mejores y más. Pero es que hay que ver con los mismos ojos de uno. Yo no he encontrado en ningún libro lo que he visto viajando; por lo menos no lo he comprendido tan bien. Mirá: en aquel mapa están señalados con tiza azul todos los que he hecho. Buena madeja ¿eh? Tucumán y Santiago del Estero por un lado; Bahía Blanca y la Pampa Central por otro; Mendoza por el de más allá; Córdoba en el medio, y luego Entre Ríos y Santa Fe y Corrientes, y el Chaco, y el Bermejo. Fijáte: hasta Corumbá, en el Matto Grosso, y Santiago y Valparaíso en Chile, y Montevideo, y el Salto y Santa Rosa. Mirá por el Uruguay...

Y siguió relatándome su vida de ardilla, cuándo y cómo había estado en cada punto, su firme intención de visitar el país entero antes de llegar a viejo, su orgullosa satisfacción de haber observado, de haber visto, de saber.

-Podría escribir un libro, un libro nuevo e interesante, lleno de cosas que los demás desdeñan, pero que constituyen nuestra originalidad. Algunas veces me han dado tentaciones. Después lo he dejado. ¿Para qué?

Malgastaría el tema, haría un soporífero, no sabría cómo describir las cosas. Pero ¡caramba! Vos no te podés ir sin ver. Tenés que hacer como yo. Si querés, recorreremos juntos las provincias que me faltan: San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy... Te aseguro que merece la pena. Saliendo de Buenos Aires, visitando las capitales, se vuelve con una idea nueva, pero nueva de lo que es la República Argentina. Se ve y se toca un límite que parece material.

Le contesté sonriendo que mi viaje estaba decidido, que hasta «la prensa» se había ocupado de él y que no me echaría atrás.

Pero él insistió. Era necesario saber la posición moral, intelectual y económica que Buenos Aires ocupaba en el país; éste no formaba un todo homogéneo como parecía generalmente, por el contrario, mediaban diferencias capitales entre provincia y provincia; la característica de cada una estaba perfectamente diseñada, pero en las vecinas había tal semejanza que

————— 17 —————

era necesario observar muy sagazmente para deslindarla, mientras que en las lejanas, en Mendoza, en Corrientes, en Santiago, saltaban a la vista del menos perspicaz. Y, cosa natural, pero que causaba extrañeza. Buenos Aires, la capital, no se repetía en ninguna otra de las ciudades argentinas, mientras que Buenos Aires, la provincia, sólo tenía puntos de contacto con Santa Fe y Entre Ríos, sobre todo con la primera. Mendoza se parecía más a los del otro lado, a los chilenos, aunque fuera modificándose rápidamente, desde que el ferrocarril la aproximó al Río de la Plata; Tucumán se acercaba a Córdoba, aunque la industria la mueva más; Córdoba continuaba siendo española, conventual, tan conventual como la triste Santa Fe, estrechada y carcomida por las aguas; el Rosario era una calle Rivadavia extendida en todas direcciones...

Y continuó largo rato exponiéndome la síntesis de sus observaciones, para terminar exclamando:

-¡Qué querés! Cualquiera de las provincias cuando recién la veo, me hace el efecto de un país extranjero, y muchas veces me he dicho que según el concepto que los nacidos aquí tenemos de la república desde chicos, ésta se acabaría en los límites de la provincia de Buenos Aires.

-¡Siempre porteño! -exclamé.

-¡Al revés! -me contestó. Tengo ideas más amplias. Quisiera que el país fuese completamente homogéneo, por lo menos en el adelanto y la riqueza, tomando, naturalmente, como molde a Buenos Aires. Me gusta haber nacido aquí, como te gustará a vos también, pero no tendría inconveniente en hacerme cordobés en Córdoba o jujeño en Jujuy, para esforzarme porque adelantaran.

-¿Tenés el carruaje a la puerta? ¿Sí? Pues entonces vamos a buscar tu equipaje, y nos venimos. Yo estoy solo, la casa es grande, iremos a comer al centro, donde se nos antoje, como hago todos los días, y estaremos tan a gusto como es posible. Pero desde ya te aseguro que no te suelto.

Salimos juntos, pues no había medio de escapar a su agasajo, y al fin y al cabo mejor estaría en su casa que en la posada, por buena que ésta fuera. Ya en el carruaje, le pregunté con curiosidad si en Buenos Aires todos hablaban como él; yo había tratado

————— 18 —————

de mejorar la manera de expresarme, huyendo lo más posible de los



argentinitismos, buscando la corrección, y me sorprendía que Lové no hubiera hecho lo propio.

-Eso es según. Algunos hablan estudiadamente, pero hasta a esos mismos suelen escapárseles los vos, los ché, con toda la retahíla. Los más siguen como antes, y la conversación resulta más enérgica y pintoresca.

-Sin embargo, hoy se escribe bastante bien, los diarios mismos parecen cuidar la corrección del lenguaje.

-Ahí verás. Es que todos saben y ninguno quiere, por temor de parecer afectado. Ya te mostraré algunos que lo hacen. Otros, cuando leen, pronuncian la e y la z; pero en el trato corriente ¡qué esperanza! los amigos se reirían. Es una preocupación, pero que algo bueno tiene, porque sirve para caracterizarnos. Y después ¡hay cosas tan expresivas! Desde ya, por desde ahora, es más perentorio; el ya, seco, da a la frase una energía imperativa magnífica. Recién, por hace un momento, da la idea de algo tan inmediato, tan cercano, que causa pena no usarlo cuando se escribe. Hay otros argentinitismos sonsos, pero muchos son lo más pintorescos.

Seguimos en amena conversación, contándonos nuestra vida pasada, trabajos, esperanzas, desengaños, mi deseo de descansar y distraerme después de tanto tiempo de soledad y de tristeza, su entusiasmo por América que quería recorrer toda, después de visitar su tierra sin olvidar un rincón, y cuyo porvenir veía estupendo, insospechado, soñando en un apogeo fenomenal de los Estados Unidos, y en un progreso vertiginoso para Sud América, sobre todo en la zona templada, que tendría en poco tiempo un comercio incalculable, trocando sus productos con el mundo entero, una industria colosal, porque tenía en su seno todas las materias primas, y hasta un arte y una literatura. Y Buenos Aires triunfaba, Buenos Aires iba a la cabeza de todas las capitales sudamericanas, más que hoy, mucho más, realizando el grito de orgullo de los viejos que la llamaron Atenas. Nada lo interrumpió: ni la llegada a l'Universelle, ni el trastorno de la mudanza, ni el arreglo de cuentas. Seguía entonando su himno a nuestra tierra americana: la más joven, la más rica, virgen aún, pero de una maternidad portentosa, que sólo esperaba

ser fecundada para asombrar al mundo con su florecimiento. Todo estaba decrepito, menos ella, apenas llegada a la pubertad; Europa, perdida la cabeza, con arrebatos seniles, lanzábase a aventuras deplorables, Italia en África, España en Cuba, por usurpar o conservar lo usurpado; y Alemania y Francia, y todas las viejas naciones echaban sobre sus hombros cargas superiores a sus fuerzas, y el continente entero parecía estar en la tremenda oscilación del principio del fin.

Nosotros alcanzaríamos a ver muchas cosas todavía; quizás asistiéramos al gran triunfo, si, enloquecida del todo, Europa se lanzaba a la guerra. Pero eso no sucedería, salvo un acontecimiento excepcional e imprevisto que estallara como una bomba.

-¡Los centenarios no se suicidan! -exclamó.

Pero su atención se reconcentraba en Buenos Aires, en el punto a que convergen todas las fuerzas del país, como al cerebro todos los nervios del cuerpo. Buenos Aires era su pasión y su esperanza; daría la mitad de su vida por despertar dentro de un siglo y contemplarla durante un mes, quince días, una semana sólo. Y en su entusiasmo, vuelto ya al coche que rodaba sin sacudidas por los rieles del tranvía, hablaba menos incorrectamente que de costumbre, con el rostro animado, los ojos brillantes, señalando con ademanes expresivos las cosas que creía ver en el futuro.

-¡Hasta arte y literatura! Nada nos faltará, todo lo tendremos, todo está en germen, todo vibra y late ya. Comercio... ahí están esas casas, que mueven capitales enormes. Industria... ¡cuando uno llega a Buenos Aires, de cualquier lado, ve erguirse chimeneas y más chimeneas; en el suburbio: se multiplican, pero ya se elevarán a potencias, ya pulularán, ya no harán un toldo de humo, una niebla de progreso, y seremos Londres, y Nueva York y París, y todo junto! Tiempo al tiempo.

Sorprendíame su entusiasmo que no compartía yo tan vivamente, y le observé que quizás se hiciera ilusiones; muchas veces se cifran grandes esperanzas en apariencias engañosas que luego

————— 66 —————

desvanece cualquier soplo. Indudablemente, Buenos Aires tenía fuerzas de expansión ya en ejercicio, pero cualquier circunstancia, una guerra, la cesación de la corriente inmigratoria, un nuevo desastre económico, la desviación de los capitales extranjeros que fueran a otra parte, podían debilitarla de un momento a otro, producirle la anemia, hasta matarla quizás. Me miró con gesto de compasión risueña, sacudiendo la cabeza.

-No, no -dijo-, el triunfo de Buenos Aires es ley fatal y nada puede impedirlo. Todavía estamos en plena crisis económica, pero nada se ha detenido ni en los momentos más críticos; el progreso ha continuado sin cesar. ¿No ves? La edificación no se ha interrumpido; ha disminuido para ir luego creciendo otra vez lenta y seguramente...

Cuando lo produzcamos todo no necesitaremos oro, y por eso a larga es bueno el proteccionismo aunque momentáneamente nos haga sufrir. El oro no es una necesidad nacional, sino un tributo pagado al extranjero. Cierra la República a la importación y no moriremos de hambre.

Cuando nos instalamos de nuevo en su casa, continuó entonando su himno a la «capital de más porvenir de América del Sur».

-Parece que te hago un curso ¿no es cierto? Pero déjame hablar. ¡Hace tanto tiempo que no ves esto! Hay que ponerte al corriente.

Buenos Aires, que despertaba, lanzábase a una vida múltiple y complicada, impelida por las fuerzas más diversas, en plena modificación del medio, de la raza, de las costumbres. Nada en ella era definitivo: de un día para otro todo variaba, desde el tipo de la ciudad hasta el de sus habitantes.

Cada raza nos traía algo de sus cualidades y defectos, y poco a poco esas

razas iban confundiéndose, haciendo una sola, cuya evolución estaría completa dentro de un tiempo relativamente corto. El suelo se modificaba con el cultivo y la producción. La mezcla de sangre traía la mezcla de costumbres, y la creación de un carácter propio.

-Nuestro cosmopolitismo va a hacer nuestra nacionalidad. Cerrando las puertas a la inmigración, dentro de cincuenta años los extranjeros serían escasísimos, dentro de cien no habría uno solo en el país. Sin cerrarlas el resultado será muy semejante,

————— 67 —————

salvo que la inmigración tome entretanto un vuelo enorme, lo que sería de desear.

Nos hallamos sentados en el escritorio que hacía las veces de sala, mirando pasar los tranvías, que en un principio llevaban escasos pasajeros, y que, poco a poco, según adelantaba la tarde, iban pasando más llenos cada vez, como en una mudanza de media ciudad, hacia el arrabal de Belgrano y el barrio de Palermo, donde los alquileres son más baratos. La conversación decayó cuando las primeras sombras de la noche invadían el escritorio, casi desnudo de muebles, sin más adorno que una inmensa estantería llena de libros que ocupaba toda una pared, y sobre la que batía la luz que entraba por una de las ventanas de la calle. No había observado aún el pobre mueblaje: varias sillas y un sofá de nogal y esterilla, dos grandes sillones de Viena, una larga y ancha mesa cubierta de papeles y libros en desorden, en el centro, justamente debajo de la araña de gas; el piso estaba cubierto por una alfombra ordinaria, y las paredes modestamente blanqueadas y recuadradas.

-¿Estás pobre? -pregunté.

-¿Lo preguntas por mi instalación? No. Esta casa es mía, tengo otra más al centro que me da buena renta, y luego algunas entradillas que me producen de mil a mil doscientos pesos mensuales. Pero el lujo no es mi fuerte y me impediría trabajar y pensar. Ya verás la casa, que no es mala: fondo completo, de sesenta y cinco varas como en otro tiempo, pero el terreno está casi todo ocupado por la huerta, donde hago un poco de ejercicio por las mañanas. Ya verás. Pero es hora de ir acercándonos al centro, si queremos comer.

El sol, después de dorar los frentes de las casas de la izquierda, se había ocultado tras de las ligeras nubes rosas, y la lontananza evaporada, en aquel día de otoño, tomaba tonos violáceos, verdosos y sonrosados, con algunos toques apenas perceptibles de amarillo de Nápoles, mientras que, sobre nuestras cabezas el cielo estaba diáfano y pálido, de un celeste claro, más intenso hacia el naciente, donde las estrellas comenzaban a agujerear la bóveda como clavos de oro. Tomamos el tranvía, una jardinera que, casi vacía, rodaba con gran ruido de hierros, cruzándose con

————— 68 —————

otras, repletas de gente, los últimos que huían del centro una vez acabada

la tarea.

-¡Cuando pensás irte? -preguntó Lové.

-A principio de Mayo, para llegar en primavera.

-Tengo tiempo entonces -murmuró entre dientes.

-¡Tiempo! ¿de qué?

-Nada; algo que se me ha puesto... Quisiera convencerte de que harías mejor visitando el país. Para eso tengo un proyecto, un excelente proyecto: vamos a visitar Buenos Aires en estos días; yo te serviré de guía. Es curioso Buenos Aires para el que sabe mirarle; yo me ocupo de estudiar sus modalidades, sus costumbres, su vida, desde hace mucho tiempo. Primero lo hice inconscientemente, con pensamientos vagos sobre lo que veía al azar, sin términos de comparación, no habiendo visitado otras ciudades; luego, poco a poco, fui dándome cuenta de que poseía ciertos elementos de juicio, en lo que se refiere a nuestra edilidad, al hojear estadísticas, al recorrer los artículos de los diarios; más tarde, cuando salí por la primera vez de la ciudad, vi más claro, libre del movimiento que tenía que arrastrarme como a los demás, y sobre todo escapado a la costumbre, verdadera venda que impide ver muchas cosas interesantes; entonces, cuando volví, me puse a observar de nuevo, conscientemente esta vez. Ahora estás desocupado ¿querés que trabajemos juntos?

-Si te parece tan interesante...

-¡Cómo no!

Yo le escuchaba, pasivo, interesado por su conversación, satisfecho de haber escapado a la trivialidad y el formulismo que me perseguían desde mi llegada. Sin embargo, una vez lo interrumpí: acababa de subir al tranvía, acompañada por una dama anciana, una joven de sorprendente belleza, morena, de cabellera opulenta, negra, con reflejos azulados, los ojos grandes, labios algo fuertes, muy rojos, el rostro oval, un poco alargado, la nariz fina, recta, la frente alta y tersa, la oreja pequeña.

-¡Mira! -exclamé tocando a mi amigo con el codo.

-¡Lindísima! -exclamó-; es la de Cuecho, una señorita de lo más distinguido, como dicen las crónicas.

Y como la niña miraba hacia nuestro lado, saludó, con ademán correcto, quitándose el sombrero e inclinándose levemente.

¡Es una preciosura! -agregó, volviéndose hacia mí y dando por terminado el incidente, para continuar catequizándose.

Muy cerca de mi oído, hablábame con voz clara, rápidamente, como poseedor de tema hasta en sus menores detalles, mientras que yo consideraba a la niña, sentada algo adelante de nosotros y cuyo fino perfil me presentaba a veces al mirar a uno y otro lado. Sin duda era hermosísima, de aire distinguido, vestida con elegancia y riqueza, casi sonriente, tal era la placidez de su rostro y el brillo puro de sus ojos negros. Me extrañaba verla en el tranvía, porque indudablemente debía tener carruaje: la dama y ella parecían muy ricas, llevaban encima blondas y encajes de mucho valor.

-Mirá -seguía diciendo Lové-; no hay desperdicio en Buenos Aires, ni en la vida pública, ni en la vida social, ni en la vida privada. Nuestra política es nuestra y de nadie más: estamos tan lejos de las republiquetas centro americanas como de las repúblicas de Norte América y Europa. La prensa política tiene un tipo híbrido curioso y casi sin parentesco conocido. Los partidos sin rumbo claro, personalistas aunque excomulguen el personalismo, ambiciosos de mando más que de otra cosa, plutócratas casi todos o todos, ofrecen un campo inmenso a la observación. El socialismo nace en condiciones aparte, muy diversas de las de Europa, mientras que la anarquía no encuentra tierra fértil y muere antes de brotar. El pueblo, en su gran mayoría, queda indiferente, hasta en los grandes sacudimientos como la revolución del 90. Y el comercio ocupa a todo el mundo, y lo arrastra a una vida vertiginosa, la lleva a la especulación, lo trastorna y arrebatata en una incesante lucha, con necesidades crecientes, con ambiciones cada vez mayores, en que el dinero es el único medio y el único fin. La industria, pequeña todavía, que sin embargo lo intenta todo y que fabrica espejos, mosaicos, pasamanería, paños, tejidos, tapicerías, carruajes, aceite, todo, todo lo necesario, todo, todo lo superfluo, hasta billares y barniz; artificial y de vida precaria en muchos ramos, pero en otros exuberante y sólida, llena de salud y porvenir. Y las profesiones liberales, con sus costumbres aparte, su psicología especial, como es especial la de sus comerciantes. Médicos, abogados, ingenieros, hasta artistas, envueltos en especulaciones de Bolsa, en sociedades

————— 70 —————

anónimas, en industrias agrícolas y ganaderas, haciendo entre cura y cura, entre pleito y pleito, entre plano y plana, operaciones bancarias, compraventas de tierra, de ganados, de cosechas. Y la turba de empleados públicos, ignorantes de la administración, refugiados por ineptos en las oficinas gubernativas, esperando una ocasión para hacer dinero: un secreto adivinado, una alta protección, un servicio inconfesable. La inmensa y doble centralización, una dentro del país, la capital; otra dentro de la capital, la city; hoy desde Callao al río y desde Alsina a Cuyo o Corrientes.

Se interrumpió. Las dos damas, madre e hija sin duda, iban a bajar del tranvía, y lo saludaban con una ligera inclinación de cabeza.

-¡Indudablemente es muy linda! -exclamé.

Me miró sonriendo, se encogió de hombros y continuó:

-Todo es curioso. El raro concepto que existe de la autoridad, que no toma para nosotros contornos respetables, en lo que nos queda de bonhomía de la aldea que fuimos y que no ha desaparecido del todo. El gobierno nacional, que codeamos todos los días al salir de la Casa Rosada, que casi tuteamos; el gobierno comunal, más cercano aún, sólo temible por los impuestos; las cámaras, cuya vida íntima conocemos de pe a pa, y de cuyos miembros habla el almacenero de la esquina como si se hubieran criado juntos, lo que suele ser cierto; la policía, más temida porque en otro tiempo solía hacer

sus barrabasadas, pero no menos burlada por eso. ¡Y ya ves si hay tela en qué cortar!

-¡Y tanta! -exclamé.

-Lo que aquí sucede toma contornos propios, característicos, tanto en las manifestaciones de la vida pública como en las privadas. La beneficencia, que gasta al año enormes sumas, pésimamente invertidas en la generalidad de los casos; la instrucción primaria que, después de muchos tanteos, parece por fin tomar rumbo; la instrucción secundaria que deja a los muchachos tan ignorantes como si nada hubieran estudiado, y las facultades, que suelen limitarse a dar certificados de sapiencia: la de derecho, escolástica, metafísica, superficial; la de ingeniería que sólo abre el camino para que puedan estudiar y saber los que quieran, después de recibidos; la de medicina, donde todavía reina anarquía

————— 71 —————

de escuelas, de modo que el alumno tiene que tomar partido. Y la vida privada en sus múltiples manifestaciones, desde el conventillo hasta el palacio, desde las familias del país o ya aclimatadas hasta los que no se han despojado aún de las costumbres que trajeron de su tierra según la raza, la religión, los medios económicos, la educación, hasta la moda del momento, en un cosmopolitismo actual que es una verdadera maraña, pero que tiende poderosamente a la homogeneidad futura dentro de cada clase, porque como habrán notado, ya se fundan aristocracias, sobre bases tan falsas cuanto injustas.

-Tu plan de estudio -dije-, es demasiado vasto para que podamos recorrerlo ni aun superficialmente en un año entero. Y ya sabes que apenas tenemos más de un mes. Yo no renuncio a ir a Europa.

-Algo veremos, y peor es nada. Claro que para hacer un estudio profundo y concienzudo se necesita tiempo, mucho tiempo, y sobre todo conocimientos especiales, que ni tú ni yo tenemos... a menos que te hayas hecho un sabio en la estancia.

-He aprendido muy poco: la preocupación de formarse un capital no deja tiempo ni ganas.

-Y esta preocupación, querido -contestó con cierta ironía-, la tienen hasta nuestros hombres de ciencia, contagiados por el ambiente mercantil en que vivimos. Así es que, ahora, podemos contentarnos muy bien con ver las cosas a la ligera, y dar ejemplo, nosotros que para nada tenemos que estudiar sino para propia satisfacción... Bajemos, porque ya hemos llegado.

Seguimos caminando hasta el restaurant. Él continuó, refiriéndose a frases anteriores:

-Hago economías. Quiero ser muy rico si es posible, para ser muy independiente. No soy avaro, pero he llegado a saber que aquí, como en casi todo el mundo, no hay mejor recomendación que la riqueza, que para

muchos vale más que cualquier otro título. Todos los años compro un terreno en la campaña, allí donde me parece que hay porvenir y los precios no han subido todavía. Por una casualidad me ha ido más bien que mal: cuando la fuerte alza de los terrenos, aquella época de fiebre y de locura, pensé como tú en ir a Europa, vendí caro, y esperando las buenas oportunidades. Estalló la crisis como una bomba, y

————— 138 —————

yo acababa de vender mi último pedazo de tierra, y tenía el dinero en lugar seguro, de modo que cuando sobrevino la baja pude duplicar mi capital, comprando otros terrenos mejores y mayores. La tierra es mi caja de ahorros, y cuando eche mano de ellos, en una ocasión propicia, seré muy rico, es decir, muy poderoso. Ya verás lo que es la plutocracia en nuestro país, y te alegrarás de que tus haciendas sigan procreando sin exigir tus cuidados. ¡Ah! cuando te puedan decir señor Millón o señor Millones ¡hasta músico genial podrás ser si quieres!

Una pregunta pugnaba por salirme de los labios, pero me contuve. Él, tan modesto, tan poco aficionado al lujo y al mundo ¿para qué quería ser rico? Pero no se lo pregunté, sabiendo que más tarde o más temprano me lo diría con su franqueza habitual en su necesidad antigua de hacerme confidencias.

Era ya completamente oscuro y las calles estaban poco concurridas, los escaparates a media luz, en la hora intermedia entre el bullicio de la retirada, por la tarde, y el movimiento más tranquilo de la noche, cuando reina la calma, en el momento de la comida. Buenos Aires, por lo general, come después de anochecer en todas las estaciones del año.

Instalados ante una mesa de la Rottisserie pocos momentos después de bajar del tranvía, atacamos con buen apetito las vituallas, elegidas por el ojo experto de Lové, que o pudo dejar de disertar sobre siniestros gastronómicos. Antes no se comía así: hasta hace pocos años nos limitábamos a la cocina primitiva y a algunos rudimentos de la francesa; los elementos no eran tan variados como hoy, los chefs no habían inmigrado aún, y los grandes platos se desconocían casi por completo; ahora en cualquiera de los grandes restaurants se tenía lo posible y lo imposible, con la sola condición de pagarlo; venían a nuestras mesas los productos de las tierras y los mares más lejanos, los mercados estaban atestados de las cosas más raras y exquisitas, frutas y legumbres de verano en pleno invierno, sin que faltara nada.

-Pero la comparación tiene que ser exacta para que sea más eficaz. Yo te mostraré lo que a ese respecto tengo en casa.

Permaneció un instante en silencio, y luego, sin transición alguna preguntó con voz algo irónica:

¿Conque te ha interesado Elena Cuecho? ¡Claro! Es una de

————— 139 —————

las muchachas más lindas de Buenos Aires. Pero tené cuidado.

-¿Cuidado?, ¿de qué?

-Es tentadora, y vos serías capaz de hacer alguna barbaridad.

- ¡Bah! Me ha interesado un momento, como cualquier muchacha bonita, pero de ahí a hacer cualquier tontería...

-Te digo no más. Y sin embargo, Elena es muy interesante por diversas causas.

Y entonces contó su historia. Hija de un hombre rico, de familia vieja y respetada en el país, había recibido una brillante educación: hablaba el francés y el italiano, el piano, cantaba, pintaba un poco, era capaz de leer y entender libros que no gustan generalmente a las mujeres, tenía una educación encantadora, era afable, reunía, en fin, todos los atractivos. Pero, el reverso de la medalla: el hábito inveterado, incurable, feroz del lujo, un cáncer que le roía el corazón y el cerebro, una pasión loca y ciega. Don Eleodoro Cuecho se había arruinado completamente en 1895: ahora «pichuleaba» en la Bolsa sin lograr rehacerse, tan escaso de dinero que solía pasar meses enteros sin pagar la casa en que vivía; sin embargo, el tren aparente de su vida era el mismo de antes. Elena y Doña Catalina, su madre, vestían como princesas, a fuerza de roer sobre los demás gastos; la casa no tenía más pieza presentable que la sala, pero nadie pasaba de allí al interior; habían tenido, eso sí, que suprimir el coche, ¡con cuántas lágrimas! Y la joven, perdida la cabeza, enloquecida por su afán de lujo, de brillo, buscaba un marido rico, cualquiera que fuese, para satisfacer su pasión. Y, sin embargo, no era mala; al contrario, tenía un alma pura, un corazón capaz de los más nobles sentimientos. En fin, había que perdonarle su extravío, pero como se perdona y compadece a un frenético: poniéndose lejos. ¡Ah! El año anterior había ocurrido un verdadero drama: la familia entera, a fuerza de economías y sacrificios, había logrado reunir una suma suficiente para ir a Mar del Plata. Pero tenían que soportar sonrientes mil privaciones, no tomar parte en ciertas fiestas muy costosas, guardar las apariencias, sí, pero partir un centavo en cuatro, para que el capital durara siquiera los veinte días reglamentarios. Y a pesar de todo, los pesos se marchaban a escape, de una manera tan alarmante, que por no regresar corrido antes de la fecha señalada, pretextando algún acontecimiento

————— 140 —————

inesperado, Don Eleodoro tuvo el rapto de ponerse una noche a jugar a la ruleta, y como es natural, lo perdió todo...

Desesperado, torturado, sin saber cómo salvar la terrible situación, se vino a Buenos Aires, pidió, corrió, hasta quiso vender su alma; y hubiera vendido los muebles de la sala, si, conociendo su situación, un hombre a quien había prestado servicios en otro tiempo, no le hubiera dado los fondos que necesitaba, sin esperanza de reintegro. Pero la lección, dura y todo, no había aprovechado, comenzaban las deudas al almacén y a la tienda, el «pichuleo» era cada vez más pobre, Don Eleodoro tenía que llegar a cuidados infinitos con su ropa, quitándosela apenas volvía a su casa, para vestir con dos trajes al año; y sin embargo, el último verano había ido de nuevo a Mar del Plata.



-Y no te cuento esto como chisme, sino como observación útil, concluyó. Esta enfermedad del lujo es desgraciadamente muy común, aunque haya aparecido hace relativamente poco tiempo.

-¿Cuándo? Me interesaría saber...

-Vas a repetirme la exclamación de esta tarde, pero no importa. La enfermedad del lujo con carácter epidémico y que después se ha hecho endémica, data desde que se acentuó la inmigración provinciana, es decir, durante los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda, sin grandes proporciones, casi insignificante, generalmente desapercibida; durante el de Roca con mayor intensidad, y por fin en esos tres años de Juárez, con una fuerza de contagio tremenda. Ya sé la objeción, pero conste que me limito a señalar un hecho, sin sacar consecuencias. La objeción es que el comercio no se había desarrollado antes, que la gente estaba pobre, que la guerra del Paraguay nos aplastaba, y que las tentaciones preparadas por los comerciantes ansiosos de ganancia han ido aumentando progresivamente desde que el país pareció enquistado, hasta aquella ostentación de cosas lindas y aquella fiebre de lujo del 87, del 88, del 89... Pero quede, también, sentado, que las primeras niñas que usaron brillantes en el teatro, fueron provincianas, y es natural que ellas rompieran la marcha porque generalmente eran muy ricas y porque tenían

————— 141 —————

que ser deslumbradas y cautivadas más pronto que las otras, y más irresistiblemente.

-¡Porteño!

-¡No lo repitás! ¡Si supieras cómo me gustan las provincianitas en sus provincias!

Tomábamos el café y los licores, cuando Lové propuso que discurriéramos dónde iríamos a pasar el resto de la noche. Yo me sentía bastante fatigado, aunque no hubiera razón para ello, de modo que lo invité a que nos retiráramos a su casa. No opuso inconveniente, pero quiso que fuéramos a pie.

-Es necesario que principiés a verlo todo, y a verlo bien. Voy a darte la primera lección.

Protesté, me urgía meterme en la cama; sentía una lasitud y una pereza cuya causa ignoraba.

-El viento norte. Tomemos un carruaje, entonces.

Y luego añadió:

-Parece que no estás muy dispuesto al estudio. Te habré cansado con mis disertaciones. ¡Vaya! Perdonáme, porque hago el firme propósito de no incomodarte más. Vamos.

El mozo le trajo la vuelta, y dejó un peso de propina.

-El mal europeo nos ha invadido -dijo riendo mientras salíamos. La propina es obligatoria; apenas te has sentado a la mesa ya el mozo sabe cuánto le vas a dar, y te sirve en consecuencia. A veces me ha dado ganas de hacerme mozo para iniciarme en esa especie de psicología, que ha de ser utilísima en otras circunstancias: conocer a un hombre por la cara ¡qué tesoro!

Ya dentro del coche de plaza que rodaba suavemente por los rieles de la

calle Cuyo, o saltaba por los desiguales adoquines para dar paso al tranvía que venía en sentido contrario, me propuso interminables, insensatas correrías por la ciudad: los diez y nueve teatros que funcionaban, los veinte mercados, las plazas públicas, los cementerios, los clubs, las escuelas, las facultades, los museos, las tres bibliotecas, los veinte hospitales, los nuevos hospicios y asilos, los mataderos, la Bolsa, el puerto, hasta las calles, pues cada una tenía un tipo especial, de la Avenida de Mayo hasta la callejuela de Luján. Y como le observara

————— 142 —————

que para eso se necesitaba una vida entera, quedó un instante en silencio, y luego dijo, como en éxtasis:

-¡Oh! Buenos Aires es un fenómeno de vitalidad. Ninguna ciudad la tiene tan intensa como ella: ¡para ninguna se abre un porvenir semejante al suyo!... ¡Y nosotros! nosotros somos apenas un embrión informe de lo que serán Ellos, los de mañana los que vendrán cuando ya no estemos.

-¡No creía que existiera un hombre tan enamorado de Buenos Aires como tú! -exclamé.

Él me miró sonriendo, y dijo, como si me replicara:

-Mañana te presentaré un tipo curioso.

-¿Fruto del país?

-Sí, pero un extraño fruto, que afortunadamente no abunda demasiado. Es un médico que no ejerce, el doctor Lucas Imbele. No te digo más sobre él para que lo juzgues por vos mismo. Y ahora a dormir si no querés leer algo.

-Siempre leo un rato en la cama a cualquier hora que me acueste. Es una costumbre inveterada que tengo desde niño y me va bien con ella.

Sacó un libro de la biblioteca y me lo puso en las manos.

-Tomá, es En Route de Huysmans. Un libro de psicología pura, de una rara observación directa, excelente como ejercicio. Te dormirás a las primeras páginas, pero te será útil si persistís hasta el fin. Buenas noches.

Huysmans me interesó justamente por su desdén para el interés fácil, pero acabé por dormirme pensando en la acentuada reversión al misticismo que se nota en los últimos años, y cuando menos se esperaba.

Nosotros

N.º 1, agosto 1907

Año I, tomo I

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

